

Cuerpos de hojaldre

—Sara Navarro Rioboó

Premio «València Nova» de narrativa en castellano



La Caja
Books

Cuerpos de hojaldre

Primera edición: octubre de 2025

© del texto original: Sara Navarro Rioboó

© de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Raúl E. Asencio

Diseño de la colección: Setanta

Corrección: Leticia Oyola

Maquetación: Alicia Valero

© La Caja Books

www.lacajabooks.com

info@lacajabooks.com

ISBN: 979-13-87713-07-2

Depósito Legal: V-3811-2025

Este libro recibió el Premio «València» de Narrativa del año 2025, otorgado por un jurado presidido por Francisco Teruel, diputado de Cultura de la Diputació de València, e integrado por Claudia González Caparrós, Carlos Catena Cózar, Raúl Enrique Asencio Navarro, Carla Kristina Martínez Nyman y Josep Vidal, que actuó como secretario.



Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

Índice

p. 7	Los niños de hojaldre
p. 25	Gato mariquita
p. 39	Anatomía de los isópodos
p. 53	Cómo hacer amigas cuando acabas de cumplir catorce años
p. 61	Suero para camaleones
p. 75	El último San Antón
p. 91	<i>Dona, comparte vida</i>
p. 109	LOS PERROS NO EXISTEN
p. 123	<i>Night therapy</i>

Los niños de hojaldre



La hija viene al mundo con el cordón umbilical dándole tres vueltas al cuello. La madre lo imagina como el abrazo de una pitón, un reptil mucoide que se ha creado en sus entrañas y que la quebraría si la dejara salir al mundo. Sus huesos son frágiles, una ramita seca. Las enfermeras le informan de que le practicarán una cesárea de emergencia si no nace esta noche. Tiene un cincuenta por ciento de probabilidad de sobrevivir; la madre, algo menos. Una, dos, tres.

La mujer tiembla bajo la luz fluorescente y sobre las sábanas con el símbolo del Ministerio de Sanidad. Pide bolígrafo y papel, y la enfermera le tiende un bloc. Como no permiten que su marido entre, la mujer le explica en la nota la gravedad de la situación lo mejor que puede, sin palabras técnicas. No cae en la cuenta de que, tal como le informan a ella, también deben informarle a él. Tacha varias palabras, no se despide. Termina el texto con:

Tengo mucho miedo. La niña, que se llame como yo.

La niña no nace por la noche y finalmente la meten a quirófano. Los médicos la preparan. Ella cierra los ojos y se deja hacer. Siente que algo rept a y se escapa de su interior hasta que la vence la anestesia. Sin embargo, ambas consiguen vivir: la niña, como un gurrño lila vestido de vísceras; la madre, como un animal sin sangre.

Entorna un ojo, las piernas le hormiguan.

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras?

Han superado la estadística, bajan el porcentaje de mortandad. El mundo va recomponiendo sus formas. No está en la misma sala. Al verla despierta, otra enfermera empuja la camilla hasta la habitación.

—La niña está perfecta. ¿Quieres verla?

No alcanza a responder. A la nariz le llega la colonia de su marido.

—Nos dejan estar con ella solo un momento; ahora la llevan a observación. Pero está perfecta, cariño. Lo has conseguido.

Depositán un bulto enano sobre su cuerpo. Tan pequeña, parece un bollo a medio cocer. La anestesia aún la hace alucinar. Piensa que, si abriese mucho la boca, podría devolverla a su interior, engordarla un poco más y volver a expulsarla al mundo terminada de hacer. Desenrolla como puede la muselina para comprobar el tamaño del cuerpo desnudo. Le parece que su hija está incompleta. Una niña así no puede enfrentarse al mundo. Murmura algo que el marido no logra escuchar. Entonces una enfermera se la arranca de los brazos.

—Podrán sostenerla de nuevo en unas horas. No conviene que pase frío.

*

La bebé es buena. No llora, pero está muy delgada: se agarra poco al pezón y cuando lo hace echa por la boca todo lo que le entra. Es intolerante a su leche, le dice el doctor. Debería pasarse a la de fórmula, mejor si es de origen vegetal. Se lo suelta de golpe, sin un analgésico. Es la tercera vez que van a consulta. Cada vez aparecen más alergias

en todos los bebés del mundo. La luz parpadea y la piel de la niña le parece aún más raquílica que cuando nació. Ya le he dicho que no podemos hacer nada, añade el médico. Los humanos nos hemos vuelto tan frágiles como la masa de un hojaldre.

La madre la aprieta y piensa en ese pastel quebradizo. La niña no tolera lo que sale de su cuerpo de mujer, aquello que sus glándulas se empeñan en fabricar específicamente para ella. Lo vomita como un alimento en mal estado, como si hubiera nacido con un gen del rechazo. Envidia a las demás madres de pechos repletos e hijos hambrientos. En el grupo de Facebook «Mamis en pañales» lee que un niño sigue bebiendo leche materna a los cinco años. La demanda con ansia, interrumpe sus juegos en el parque para rogarle frente a las otras madres que le deje beber. «¡Me va a dejar seca!», escribe la usuaria.

En su búsqueda descubre que existen páginas en las que venden leche sobrante de madres superdotadas. También se anuncian aquellas que, en casos más trágicos, no llegaron a dar a luz o perdieron al recién nacido. Se obliga a pensar que la de aquellos que no especifican los motivos de la venta debe de ser, en realidad, fruto de niños intolerantes. Así se siente menos sola. Quizá ella misma podría venderla, monetizar su dolor. En un artículo lee que los principales compradores de leche materna no son madres frustradas, sino hombres adultos, fetichistas de mujeres que acaban de ser madres. Relee varias veces el término, *lactancia erótica*. Lo teclea en repetidas ocasiones. Constituye una categoría porno en sí misma. Apaga el ordenador y procura no pensar en quién de sus conocidos podría ser uno de esos compradores de leche. Uno de cada diez hombres la practica, señala el artículo. Se esfuerza en no evocar sus caras mientras se unta vaselina en las areolas y espera con paciencia a que su cuerpo reabsorba sus propios fluidos. A partir de ahora, piensa, solo usará leche de fórmula.

*

Mamá.

Mamá.

Mami.

La puerta del dormitorio grande está encajada. Del interior, la niña no atisba nada: el único resquicio es una línea oscura y densa que engulle la luz como un agujero negro. Dentro, en la oscuridad, está su madre. Sin verla, la niña conoce su postura fetal, el ritmo de su respiración y el rictus de su cara, como intentando expulsar algo de su interior.

—Mamá está mala, Simona. Tienes que jugar en silencio.

Su padre le posa la mano en el hombro y tira de ella hacia atrás. Desde dentro, podría verse cómo su ojo y todo su cuerpo se alejan con lentitud.

No es la primera vez que ocurre. Por eso sabe que no debe entrar. Ni tocar la puerta. Ni pronunciar su nombre. Desconoce qué le duele. La rendija de la puerta le parece a la niña una herida abierta. Un día prueba a introducir la mano y la habitación entera se estremece. Su madre gime.

Algunas tardes, cuando Simona hace sonar el clac para abrir el capó de su caravana de muñecas y transforma su interior en un miniapartamento de lujo, la madre se levanta y se encierra en el dormitorio. La caravana es rosa e interactiva. Emite hasta veinticinco sonidos que emulan una vida de ensueño. Con tan solo pulsar un botón se oye una cisterna, el agudo pitido de un auto o el maullido de un gato en la ventana. La niña nunca ha podido enseñarle a su madre la variedad de ruidos que es capaz de reproducir. Cree que, a pesar de su encierro, pueden llegarle a través de las paredes.

Algunos días, sin embargo, la puerta del dormitorio está cerrada del todo. No hay forma de hacerle llegar nada. Entonces se tumba frente a la puerta, extiende los dedos bajo el hueco. Sopla un aire caliente, acompasado. Una exhalación.

*

A su madre no le gusta que Simona lleve amigas a casa. Suele ser muy clara con las cosas que le molestan. Cuando no lo es, la información llega a través de su padre. Sin embargo, esta vez deben hacer un trabajo para clase. La madre se opone, pero Simona le jura que se portarán bien. No correrán, no gritarán. No se meterán a fisgar en el dormitorio principal. No pondrán música ni la televisión. Hablarán bajito. No, tampoco pueden ir a la casa de la otra chica, porque su abuela está enferma y duerme en la habitación de su compañera. Su piso es muy pequeño.

—¿*Tan* enferma? —pregunta la madre—. ¿Más que yo?

Simona se calla, no sabe cómo discutir.

—Se van a portar bien, ¿verdad?

Su padre le coloca un brazo sobre el hombro, se interpone entre las dos. La niña asiente, lo abraza. La madre los observa. No dice nada más.

La compañera de clase no le cae especialmente bien a Simona. Le parece un poco rara, pero aun así está contenta de poder enseñarle por fin a alguien su colección de bolígrafos de colores y su antigua caravana de muñecas. La conserva en su caja de cartón original.

—Tienes que quitarte los zapatos para entrar —le dice Simona.

—¿Voy descalza?

—No. —Desaparece unos instantes y vuelve con unas pantuflas blancas. Generan electricidad al rozarlas contra la moqueta.

La hace pasar a la habitación. Arrastra un taburete al escritorio y al rozarse se dan calambre. Ambas se ríen, encienden el ordenador

con un temor fingido por si vuelve a ocurrir. Podían elegir hacer el trabajo en cartulina o con PowerPoint. No lo discuten: las niñas manejan el programa mejor que sus profesores. Además, así el suelo no se llenará de trocitos de cartulina azul que su madre le hará barrer ni se enfadarán porque una de ellas dibuje las letras demasiado redondeadas y la otra no sepa escribir en el recuadro que le toca sin torcer las líneas.

Simona descubre que la niña le cae bien y es más normal de lo que parece en clase. Es simpática y hace chistes divertidos. Susurra que la fotografía de la última diapositiva, la del edificio más alto del mundo, tiene forma de pe-e-ene-e. Qué asco, dice Simona. Se tapan la boca, esconden las mallas con los dedos, les cuesta respirar de la risa. Simona menciona entonces los zapatos *de vieja* de la profesora de Matemáticas, y la compañera de clase se ríe echando la cabeza hacia atrás. Se ríe tan fuerte que Simona se pone de pronto seria, enmudece. Entonces la otra niña se calla también y se rasca la ceja, un poco avergonzada. El resto de la casa está en silencio. La moqueta amortigua el sonido de los pasos. Lllaman a la puerta.

—¿Simona?

—Hola, mamá.

—¿Estáis trabajando?

—Sí.

—Estáis con el ordenador.

—Estamos haciendo el trabajo con diapositivas. Dice la profesora que no pasa nada mientras no lo copiamos de internet.

—Ya —dice la madre—, muy bien. ¿Os subo algo? ¿Queréis mendrendar? —Se dirige a la otra niña—. ¿Cómo te llamas? —No le despega la vista—. No me has hablado de tu amiga, Simona.

—Me llamo Alejandra.

—¿Quieres algo, Alejandra? ¿Estáis en la misma clase?

—Sí, en sexto B. ¿Tenéis colacao?

—Os puedo subir unas tazas —dice—. Sí, os las subo en un momento.

La madre desaparece y no vuelve a interrumpirlas en toda la tarde.

Las niñas terminan el trabajo y acuerdan que estaría muy bien verse algún otro día fuera de clase, quizá por el barrio. Cuando despide a la compañera, la madre está encerrada en la cocina. Simona llama a la puerta.

—Ya se ha ido. Dice que tenemos una casa muy bonita.

La madre está sentada en una de las sillas, con la cabeza apoyada en la pared.

—¿Quién?

—Alejandra, mi amiga de clase.

—¿Ya se ha ido?

—Sí.

Se miran. La niña sabe que no hay dulces en su casa, pero prueba.

—¿Tenemos colacao?

—No —responde—. Qué tontería, sabes que no puedes beber leche. ¿Con qué ibas a tomártelo? De pequeña siempre la estabas vomitando toda. —Tamborilea sobre la mesa—. La leche que te daba, toda amarilla y pastosa, directa a mis camisas y mis vestidos.

Simona se mira los pies.

—Toda entera. Toda la leche que me sacaba de las tetas —dice—. A la basura.

*

Simona está harta de ir con pantalones a clase. Todos tienen rodilleras y la hacen parecer un niño de otra época. Las otras niñas van con faldas y rebecas de colores. Algunas hasta se atreven a llevar rímel y un poco de *gloss*. Lo máximo que ha conseguido es que le compren una falda-pantalón, que no es más que un trampantojo y que la hace sentirse aún más ridícula.

También le gustaría llevar sujetador, pero no sabe cómo soltárselo a su madre. No es capaz de pedirle uno a Alejandra ni a